

# CARA POR IGNACIO AGUSTI \* Y CRUZ

## la lentitud de las estrellas

**U**N profesor español acaba de revelar que, según experimentos realizados por él y su equipo en la Universidad de Houston (Texas), los primeros rasgos de vida orgánica en nuestro planeta datan de tres mil millones de años. El profesor Oro, que por cierto es natural de Lérida, ha realizado estos experimentos con muestras procedentes del África y en ellas ha identificado tres hidrocarburos que resultan de la descomposición de la clorofila y que revelan, por tanto, la existencia de una vida vegetal primaria en aquella época. Por su parte, según noticia fechada en Moscú, un profesor soviético asegura que, durante el pasado año, se ha podido comprobar que la tierra gira alrededor de su eje y alrededor del Sol con una lentitud creciente. Las máquinas electrónicas han podido establecer el hecho de que, durante el pasado año, los días fueron una milésima de segundo más largos que durante el mismo periodo del año anterior. Pudiéramos creer que esta cifra es irrisoria, pero realizadas unas cuantas multiplicaciones, nos damos cuenta de que en un periodo de tiempo igual al que va desde el primer vestigio de vida en el planeta hasta el día de hoy, nuestros años actuales duplicarían su dimensión temporal; en otras palabras: que un solo día, dentro de tres mil millones de años será como dos de los días actuales, aproximadamente. Lo más probable es que ninguno de nosotros tenga ocasión de comprobar esta mutación, ya que es difícil prever lo que seremos dentro de tres mil millones de años. Pero, en fin, ahí están las cifras científicas para la estadística.

Andamos muy despacio por el Universo. La lentitud de nuestra marcha por el Cosmos es horripilante. Un solo día laboral de las estrellas llena a escala humana centenares de miles de años. La elaboración de nuestros sustratos ha sido muy lenta. La formación de nuestra naturaleza ha transcurrido a través de zonas de paciencia incalculable. De uno a otro periodo biológico han debido de pasar lapsos increíbles para obtener un resultado mínimo de mutación. Aún así, se sospecha que el curso de la elaboración de lo que es nuestro planeta, en la inmensidad del Cosmos, esté sujeto a retrocesos, en vueltas atrás del camino, para volver a empezar. Entre tanto, en lo alto, caminan con la misma parsimonia centenares de millones de estrellas.

Así, pues, aquí en el Cosmos el único que tiene prisa es el hombre. Todo lo demás se distingue por ser muy cachazudo. El hombre es el que ha inventado el tiempo y ha parcelado la eternidad. Para los otros mundos, el tiempo no existe, o existe apenas. Las distancias son tan grandes, que ahora nos llega la luz de estrellas que empezaron a arden cuando probablemente la tierra no era más que un caos ardiente, una bulba de Sol en gestación, recién extirpado de la superficie del gran astro. Contra esta realidad de lentísimos procesos y de simas de tiempo incalculables, el hombre apura el tiempo, va en contra de él, está mordido por la impaciencia y por la prisa y acelera el contenido ilusorio de su reloj con actuaciones desgañadas y con actividades violentas. Si el hombre fuera capaz de situarse un poco a ritmo universal, probablemente no nos llevaríamos tantos disgustos. Pero en su paso por la Tierra el hombre le ha puesto vencimiento a todo; parcela su vida en espacios, en breves "spots" como los de la televisión y se empeña en llevar todos los días la contracorriente a la majestuosa y pau-

sada marcha de las estrellas, las cuales, probablemente, saben mejor lo que se hacen que nosotros mismos.

Debiéramos poseer todos nosotros aquella sabia filosofía del viejo Llimona, el pintor, el cual al recibir una carta con el timbre de "Urgente", la metía en su bolsillo sin abrir y afirmaba: "Mañana lo será más". O seguir las trazas de un también viejo joyero de mi país, que de vez en cuando ponía en la verja cerrada de su establecimiento un cartel que decía: "Cerrado por pereza".

De ello nos parece poder deducir que la gente de otro tiempo estaba más a nivel del ritmo universal que la gente de nuestra época. Es un contrasentido advertir que cuando más se nos hace evidente la lentitud de los movimientos estelares y la irrisoria de nuestro tiempo con relación al tiempo objetivo, aceleremos nuestras actividades y echemos literalmente el bofe por sacarle el máximo partido a la división artificial de las horas. Eran mucho más universales que nosotros aquellos sujetos que se sentaban a la puerta de su casa a tomar el sol, con un pai-pai en la mano para ventilarse, y que escuchaban pasar las horas como si éstas tuvieran rastro acústico. En realidad, ahora la gente no se dedica a sentir pasar el tiempo. El tiempo es nuestro dueño y señor y nos hemos constituido en esclavos suyos. Apenas si algún ermitaño o los que practican el yoga en la India aciertan a descubrir el sonido sutil y armonioso que hacen las estrellas al moverse, la suave modulación de nuestra tierra al dar una vuelta alrededor de su eje, aparentemente sin un chirrido, y en general aquello que se llamaba en otro tiempo la música de las esferas, tan melodiosa y tan noble.

La vida empezó hace nada menos que tres mil millones de años, y se necesitarían otros tantos para que cada uno de nuestros días tuviera la equivalencia en horas de dos jornadas actuales. ¿Para qué, pues, tanta prisa? Nadie en los tiempos de la electrónica es capaz de sentarse en el campo a ver cómo va creciendo una col. La curiosidad simplemente científica de nuestro tiempo nos hará olvidar la fabulosa historia que es una lagartija que dormita al mediodía en una pared encalada, la vibración de una flor en su tallo, el rumor que hace un caudal cuando discurre por el campo, el estremecimiento de una legumbre que asoma entre los terrones, el aleteo de un pajarillo, el sesgo increíble de una libélula en el azul. Sabremos en adelante muchas más cosas de Saturno o de Marte que de nuestro propio planeta, habitado pero solitario. Nos enfrascaremos en el paisaje inhóspito o inclemente de la Luna, pero ignoraremos el perfume de una retama o su color, cuando decora de oro la vertiente de un monte y convierte en fresca sombra todo lo que la circunda.

Si nuestro mundo ha tardado tantos millones de años en ser lo que es, ¿por qué no prestamos una atención sustantiva a lo que tenemos en el contorno y que vino a ser como una sublimación milagrosa de la vida? Si tenemos los ojos claros para contemplar a nuestro derredor el resultado de tan finas elaboraciones de la bioquímica como son la que poblaron de su flor la rama de un almendro, ¿por qué ponemos obstinadamente nuestro ojo en la lente de un telescopio o en la otra lente del laboratorio? Todavía el mejor laboratorio en el que podemos aprender y en el que podemos amar está en un repecho, frente al profundo valle en silencio sólo transido por el graznido de un ave, gozando de la inmensa obra del invierno o de la primavera, bajo el tibio y templado sol.